

lidad y cantidad de las ofensas. Semejantes consideraciones iluminadas con las luces de la fé y auxiliadas con los impulsos de la gracia, no pueden ménos de atraer al corazon este arrepentimiento que prometió Dios por el profeta Jeremías: *Si haceis de vuestra parte lo que pudiereis, suplirá mi misericordia lo demas; os daré especial gracia para que perfectamente os convirtais: si os convirtiereis, os convertiré.*



DIA CINCO.

San Zacarías y Santa Isabel, padres de San Juan Bautista, San Galacion y Santa Epistema, mártires.

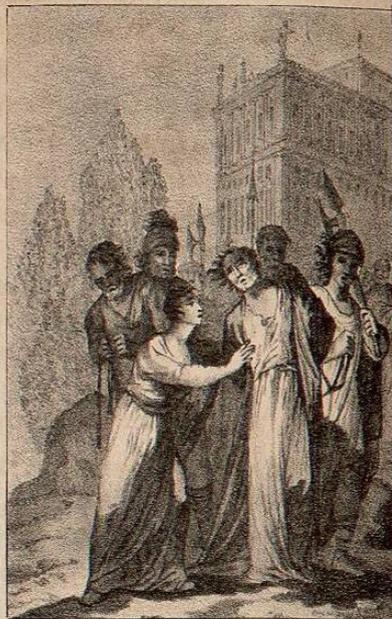
SAN ZACARIAS Y SANTA ISABEL.

Fué San Zacarías de la tribu de Leví, y como tal era sacerdote del Señor. Su muger se llamaba Isabel, era descendiente de la familia de Aaron, prima de la Santísima vírgen María. Vivian ambos en Ebron, ciudad sacerdotal, sita en la montaña de Judea, y el Evangelio da testimonio de que ambos consortes eran justos delante de Dios, observaban exactamente los divinos mandamientos y ejercitaban las virtudes; de modo que á todos era notoria su santidad, y no habia quien pudiese quejarse de alguna extorsion ú otro genero de maltratamiento ú ofensa. No tenian hijos, por cuanto Isabel era estéril y ambos habian llegado ya á edad avanzada, en el tiempo en que plugó al Señor concederles un hijo, que era en el año trigésimo segundo del reinado de Herodes Ascalonita, rey de Judea. El hijo que Dios les concedia era un hijo de bendiccion por el alto destino á que el Señor lo preordenaba, que era nada ménos que anunciar la llegada del Salvador del mundo y mostrarlo con el dedo, despues de haberle preparado los caminos por la predicacion de la penitencia y el bautismo. Disponia, por tanto, el Señor que este hijo fuese el mayor entre los nacidos de muger, y así es que tuvo á bien anunciarlo por ministerio del Arcángel San Gabriel, en la forma siguiente.

Tocaba á Zacarías ejercer el ministerio sacerdotal, llegada su vez que era la octava de las veinticuatro que por suerte habia escogido David, para que se turnaran por semanas los sacerdotes, de modo que al cabo de ciento sesenta y ocho dias volvia la primera clase á



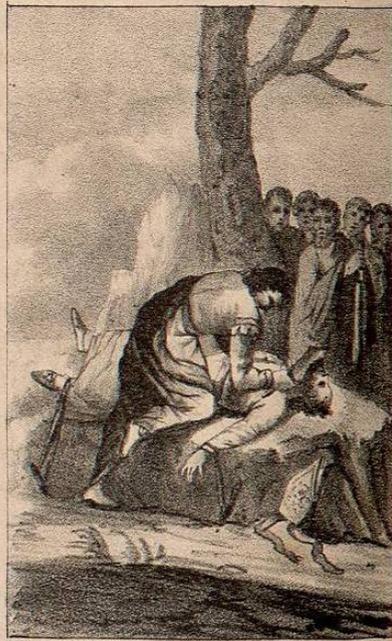
Sa. Isabel y S. Zacarías padres de S. Juan Bautista.



S. Galacion y S. Epistema Mártires.



S. Leonardo Confesor.



S. Herculano Obispo.

ejercer el ministerio en su semana: tocábale, pues, este ejercicio, y salió por suerte que ofreciese el incienso en lo interior del templo del Señor: estaba la multitud del pueblo afuera orando en la hora del incienso, y el santo sacerdote lo ofrecía cuando el Angel del Señor se le aparece, y se deja ver en pié á la derecha del altar. Su presencia turbó á Zacarías, y hallóse sobrecogido del temor; mas el Angel le dice: "No temas, Zacarías, porque se ha oído tu oracion; y tu muger Isabel te dará un hijo, á quien llamarás *Juan*: éste te llenará de gozo y alegría, y en su nacimiento se alegrarán muchos; porque será grande delante del Señor: no beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y aun desde el vientre de su madre será lleno del Espíritu Santo: convertirá á Dios á muchos de los hijos de Israel, é irá delante del Señor con el espíritu y la virtud de Elías, para convertir los corazones de los padres hácia á sus hijos, y reducir á los incrédulos á imitar la prudencia de los justos, preparando de este modo al Señor un pueblo perfecto." La oracion de que habla aquí el Angel que habia hecho Zacarías, y que habia sido oída de Dios, no era ciertamente pidiendo un hijo, pues sabia bien que sin milagro no podía tenerle, por ser su muger estéril y ambos de edad avanzada, y aunque para Dios no hay imposibles, y él podía pedirle este milagro, la duda que tuvo á pesar del anuncio del Angel, manifiesta bien que estaba muy léjos de pensar en pedir esta gracia. Era, pues, su oracion por la salud del pueblo y la venida del Mesías, y por tanto le dice el Angel que ha sido oída, esto es, despachada favorablemente, concediéndole un hijo que será el Precursor del Mesías, cuya venida pedia en su deprecacion.

Zacarías en efecto dudó del evento de lo que el Angel anunciaba, permitiéndolo así el Señor para que tuviesen lugar las maravillas con que queria probar la verdad de su oráculo. Dijo, pues el sacerdote al Angel: ¿Cómo me cercioraré de esto? Porque yo soy ya anciano, y mi muger tambien es ya de una edad avanzada. Yo soy Gabriel, le responde el Angel, que asisto delante de Dios, y soy enviado á hablarte y evangelizarte estas cosas: y para que lo veas y te sirva de signo, quedarás mudo y no podrás hablar hasta el dia en que se cumpla mi anuncio, por cuanto no creiste á mis palabras, que se cumplirán á su tiempo. El pueblo esperaba á Zacarías, y se admiraba de que tardase tanto en el templo: él sale al fin ya mudo: queria hablarles y no podia, y se explicaba por señas, por lo que conocieron que habia tenido una vision en el templo.

Cumplida su semana se volvió á su casa, y despues de algunos

dias concibió en efecto Isabel, segun el anuncio del Angel. La vergüenza natural y la modestia al mismo tiempo de esta santa muger, hacian que se ocultase en los primeros cinco meses de su preñado; mas conocido este, ella bendecia al Señor porque se habia dignado librarla del oprobio de la esterilidad, que en aquellos tiempos y en aquella nacion se miraba como un gran mal, por perderse por ella la esperanza de emparentar con el Mesías. En el sexto mes, la Santísima María, prima de Isabel, habiendo concebido al Hijo de Dios en su seno por obra del Espíritu Santo, y sabido por el Arcángel San Gabriel que su prima Isabel habia concebido un hijo en su vejez, y que se hallaba ya en el sexto mes de su preñado la que hasta entónces habia sido estéril, trató de ir á verla, por la inspiracion divina que así se le ordenaba, y aprestándose al efecto, emprendió el viage á la montaña con celeridad. Entró, pues, en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. ¡Oh maravilla! Luego que Isabel oyó la salutación de María, alegróse el infante que tenia en su vientre, y se llenó Isabel del Espíritu Santo. He aquí el momento de la santificacion del Bautista en el vientre de su madre, anunciada por el Arcángel San Gabriel y verificada por el mismo Hijo de Dios humanado en el seno de María, arca sacratísima, cuya presencia llena de bendicion y de alegría al hijo y á la madre: iluminada ésta por el Espíritu divino, exclama con gran voz, diciendo á María: "Bendita tú entre las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mi tanta dicha que la Madre de mi Dios venga á mí? Luego que la voz de tu salutación llegó á mis oídos, dió saltos de placer en mi vientre el hijo que el Señor me ha concedido. Bendita tú porque creiste lo que te fué revelado, pues cuanto el Señor te ha dicho tendrá su cumplimiento." Entónces la Santísima María, poseída toda de los sentimientos mas vivos de religion, de amor y de agradecimiento al Señor, que la habia exaltado tanto, pronunció el célebre cántico de la *Magnificat*, que diariamente resuena en nuestros templos.

Permaneció con Santa Isabel la Purísima María casi tres meses, y se volvió á su casa. A poco mas se cumplió el tiempo del preñado de Isabel, y dió á luz á su hijo, cuyo nacimiento llenó de gozo á los parientes y á los vecinos, de modo que se congratulaban con ella felicitándola por la misericordia que con ella habia usado el Señor. Al dia octavo vinieron á circuncidar al niño, y querian po-

nerle por nombre *Zacarías*, que era el nombre de su padre; *Isabel* se opuso, diciendo: De ningún modo; porque se ha de llamar *Juan*. Representábanle que ninguno había en su parentela que tuviese este nombre, y preguntaban por señas á su padre cómo quería que se llamase. Entonces él, pidiendo una pluma, escribió: Juan es su nombre. Admiráronse todos al ver que el padre y la madre convenían en un mismo nombre, sin que *Zacarías* lo hubiese insinuado á su muger, sino que á ella le había sido revelado por el Espíritu Santo, como lo advierte San Ambrosio, y que á él se le había intimado por el Ángel, pues se daba á conocer la grandeza del niño por un nombre que le era impuesto por disposición divina. Aumentóse la admiración y el asombro cuando vieron que en aquel mismo momento se le abrió la boca á *Zacarías* y se soltó su lengua, y hablaba bendiciendo al Señor, de modo que todos se hallaron sobrecogidos de un santo temor; y divulgándose estas noticias por todas las montañas de Judea, se preguntaban unos á otros: ¿Quién será este niño, en cuyo nacimiento manifiesta el Señor tanto su poder soberano? *Zacarías* lleno del Espíritu Santo profetizó, diciendo: Bendito sea el Señor Dios de Israel, que al fin viene á visitar á su pueblo y á hacer su redención: él ha excitado su potencia salvadora en la familia de David su siervo, conforme había anunciado de siglos acá por la boca de sus santos profetas. Sigue después engrandeciendo las misericordias del Señor y la fidelidad con que cumple su palabra, y anuncia también el efecto saludable de esta obra, que es el que sirvamos á nuestro Dios sin temor ni embarazo, libres ya del pecado y del poder del demonio: que la justicia y la santidad reinen en el mundo y vivan en ellas los hombres por toda su vida. Luego, dirigiéndose á su pequeño hijo, le dice: Y tú, ¡ó niño! serás un profeta del Altísimo: correrás delante del Señor á preparar sus caminos, á comunicar á su pueblo la ciencia de la salud espiritual, esto es, de la penitencia, para que alcancen la remisión de sus pecados. Finalmente, confiesa que á la misericordia del Señor debemos la venida del Mesías, que nace de lo alto para iluminar á los que yacían en las tinieblas y en la sombra de la muerte, y dirigir sus pasos al camino de la paz.

Después de esto el santo Evangelio no habla ya de los padres del Bautista, y solo de él dice que crecía y se confortaba en el espíritu, y que habitaba en los desiertos hasta el día de su manifestación al pueblo de Israel. Por tradición se refieren algunas particularida-

des sobre que escribieron algunos santos padres griegos y latinos, variando en su parecer. Lo más notable es la fuga que se dice hizo Santa Isabel con su pequeño hijo para escaparlos de los soldados de Herodes, que por su orden quitaban la vida á los niños que tuviesen de dos años abajo. Esta fuga es muy creíble, ó por mejor decir, no se puede dudar que la haría; mas si se refugió al desierto en lo solitario de un monte, como dicen unos; ó si lo encomendó á los solitarios discípulos de Elías, como sienten otros, es dudoso; lo cierto es, que el niño se libertó de la muerte; que desde niño habitó en los desiertos, y que su santa madre no decayó de su virtud; mas antes aumentada con los beneficios y misericordias del Señor su santidad, terminó sus días en la gracia y amistad de su Dios. Acerca de San *Zacarías* se ha creído por varios ser el *Zacarías* de que habló Jesucristo donde dijo á los judíos que le habían muerto entre el templo y el altar; pero el padre San Gerónimo hace ver que no era éste, pues no era hijo de *Barachías*, como lo era aquel de quien habló Jesucristo. Y á la verdad, que aunque no haya tenido la gloria del martirio, sí tuvo la de ser escogido por Dios para digno padre de su Precursor, haberle llenado de santidad, y haberle dado su espíritu profético, llevándose después para sí cuando en el colmo de la virtud y lleno de merecimientos, era ya un fruto sazonado y digno de la eterna recompensa. Su incredulidad ciertamente no fué de malicia; sino indeliberada y obra de la sorpresa que le causó el anuncio del Ángel; y se arrepintió de ella, siendo la prueba más convincente de ello el que el Señor llevó á efecto su promesa, y lo llenó del Espíritu Santo, corrigiéndolo solo como Padre en el enmudecimiento de nueve meses.

San Galacion y Santa Epistema, mártires.

Los esposos Clitofen y Leucipia, igualmente poderosos que nobles, residían en el territorio de Emesa, en la Fenicia, y ambos ardían en vivos deseos de tener sucesión, tanto porque el mayor gusto para el hombre es verse reproducido, como por tener un descendiente que después de su muerte llevara las cuantiosas riquezas que poseían. Como los dos esposos eran de religión gentilica, todos sus ruegos se dirigían á los dioses falsos que no los escuchaban, y en vano les ofrecían inciensos y prometían sacrificios para que les dieran sucesión, porque la esterilidad continuaba, y ya casi habían per-

dido la esperanza de tenerla. A la sazón perseguía cruelmente á los cristianos el gobernador de Emesa; por lo que un santo monge llamado Onofre tomó el traje de mendigo para poder entrar libremente con este disfraz en todas las casas, y animar á los cristianos y fortalecerlos contra la persecucion, no ménos que instruir también á los gentiles para convertirlos á la religion católica. Un dia llegó Onofre á la casa de Clitofen, mas con ánimo de convertirlo que de que le diera limosna, y encontrando á Leucipia muy triste y abatida, le preguntó la causa, y ella contestó que la falta de sucesion la tenia desconsolada, y que no la habia podido conseguir á pesar de las súplicas que habia interpuesto á los dioses inmortales. Entónces le contestó Onofre: *Muy justo fué que eso sucediese así. Pues qué, ¿habian de venir las gracias á los hombres por mano de tales dioses? Esos dioses que adoras no lo son mas que de nombre, y tanto tienen de poderosos como de divinos. Solo hay un Dios verdadero y todopoderoso que oye las súplicas de los hombres: reconócele tú, y serás madre.* La gracia divina que en este momento iluminó el alma de Leucipia, le hizo conocer que Onofre le decia la verdad, y desde aquel momento ya no reconoció á otro Dios que al verdadero; y anhelaba incesantemente por verse regenerada con las aguas del bautismo. Onofre la catequizó, y ya que la vió instruida en los dogmas de la santa religion, la bautizó en la huerta de su misma casa.

A poco tiempo de su conversion Leucipia concibió y parió á Galacion, que fué también bautizado por Onofre; y admirado Clotifen del suceso, quedó convertido á la religion de Jesucristo. Los padres, hechos ya cristianos, educaron cuidadosamente y en la sana moral á su amado hijo, y su piedad crecia al paso que se aumentaba su edad. Cuando llegó á los veinte y cuatro años trató su padre de casarlo, eligiéndole por esposa á Epistema, muger de raras prendas, pero de religion gentílica; y ántes de que se verificara el matrimonió procuró Galacion convertirla, y en efecto lo consiguió, confiriéndole él mismo el bautismo. Una vision que tuvo Epistema á poco tiempo de casada, la hizo tomar la resolucion de hacer voto de castidad; y consultádoselo á su marido, convino en ello, como que tenia los mismos deseos que su amada esposa. Los dos virtuosos consortes repartieron entre los pobres sus cuantiosos bienes; y para asegurar mas su voto, intentaron entrar cada uno de ellos en un monasterio. Salieron de Emesa con este objeto, y des-

pues de algunas jornadas llegaron á Monte Público, que está inmediato á Monte-Sin, donde hallaron un convento de monges compuesto de diez ó doce varones justos que en la soledad y aspereza de aquel desierto servian á Dios en continuos ejercicios de virtud; aquí tomó el hábito Galacion, y su esposa entró en un convento de vírgenes que estaba poco distante de aquel sitio en lo mas escabroso del desierto. Los dos esposos, cada uno en su retiro, disfrutaban de las delicias de la soledad, y los consuelos de la religion en la tranquilidad de sus conciencias.

La persecucion de Decio, que por todas partes sacrificaba víctimas, y habia llenado de terror y espanto á los habitantes de Emesa, por fin se hizo sentir en el retiro de Galacion y Epistema, llenándose todo el Monte Público de ministros de la tiranía, que sedientos de sangre cristiana buscaban por todas partes objetos en que cebar su crueldad. Todos los monges del desierto abandonaron el monasterio para buscar un asilo seguro, y solo quedó en él Galacion, con otro compañero que tuvo fortaleza para sufrir el martirio. Los perseguidores los prendieron, y noticiosa Epistema de que su esposo iba á ser sacrificado, se colocó en una peña donde pudiera verlo sin ser vista. En efecto, pasó Galacion muy cerca de ella cargado de cadenas; y no pudiendo contener Epistema los impulsos de su corazón, se precipitó á él diciéndole: *Mi señor y guía de mi alma, no me niegues que soy tuya: acuérdate lo que concertamos entre los dos.* Los verdugos, que no buscaban mas que víctimas que sacrificar, inmediatamente la incorporaron y la condujeron al martirio en union de su esposo, que derramaba lágrimas de alegría y prorumpia en espresiones tiernísimas al ver la fidelidad y constancia de Epistema.

No pudo verificarse el sacrificio en aquel dia, y en el siguiente fueron llevados los dos ilustres mártires á la presencia del presidente, quien los amenazó con la muerte si continuaban en su creencia; pero animados con la gracia divina los dos esposos, menospreciaron la crueldad de su tirano é hicieron una gloriosa confesion de su fé, que exaltó mas la ira del presidente, y mandó que apalearan á Galacion. Epistema por entónces no sufría el martirio corporal; pero su espíritu estaba muy afligido con los padecimientos de su amado esposo, y tuvo valor para reprender la crueldad de los verdugos. Entónces sufrió los mismos palos que Galacion; y viendo el tirano que no se debilitaba la constancia de estos dos mártires, sino ántes bien los veia cantar tiernas alabanzas al Señor en medio de los tor-